



Beber, soñar... tal vez morir

Vida y obra de Edgar Allan Poe

To drink, to dream... Perhaps to die
The life and work of Edgar Allan Poe

■ Santiago Prieto*

Resumen

Prototipo de escritor romántico y creador desde un ángulo propio, Edgar Allan Poe (1809-1849) constituye uno de los puntos de referencia de la literatura moderna. Al cumplirse dos siglos de su nacimiento, se recuerdan en estas páginas su obra y los hechos más significativos de su corta y atribulada vida.

Palabras clave

Edgar Allan Poe. Virginia Eliza Clemm. Literatura Romántica americana.

Abstract

Edgar Allan Poe (1809-1849) is an indisputable landmark of the Modern Literature as prototype of romantic writer and creator of a particular perspective. On the occasion of the second centenary of his birth, these pages remind us of his work, and the most striking facts of his short and afflicted life.

Key words

Edgar Allan Poe. Virginia Eliza Clemm. American Romantic Movement.

■ Dotado de la llama del genio; de inmensa cultura al servicio de una imaginación prodigiosa; narcisista, inseguro e hipersensible hasta la

* El autor es médico.

neurosis; gran poeta y, a la vez, padre del cuento tal como hoy lo interpretamos; mil veces sorprendente; individualista y heterodoxo a ultranza; transeúnte de sueños; atormentado y vulnerable; romántico descarrilado en los prosaicos caminos de la vida; escritor por imperativo vital, capaz de apostar todo a su propia y exclusiva visión del arte; autor desde el dolor y lúcido desmenuzador de la creación literaria, Edgar Allan Poe es un capítulo en la historia de la Literatura. Salvo un breve período infantil en Gran Bretaña, su vida empezó, transcurrió y acabó en el Este de Norteamérica. No así su obra.

1. Infancia, adolescencia y primera juventud

El abuelo paterno, David Poe (1748-1818), se había significado en la Guerra de la Independencia Americana (1776-1783) donando parte de su hacienda al Ejército y combatiendo en la defensa de Baltimore contra los batallones ingleses. Ello le valió el reconocimiento del general La Fayette (1757-1834) y la concesión por el Congreso a su viuda, Elizabeth Cairnes Poe (1756-1835), de una pensión de 250 dólares anuales, algo que repercutió en la vida del escritor.

Su padre, David (1784-1811), estudió leyes, pero abandonó los libros para dedicarse al teatro y casarse en marzo de 1806 con Elizabeth Arnold Hopkins (1787-1811), actriz de una compañía itinerante que recorría las salas de la costa Este de los EEUU. Tuvieron tres hijos: William (nacido en enero de 1807), Edgar (19 de enero de 1809) y Rosalie (diciembre de 1810), los dos primeros venidos al mundo en Boston y la última en Norfolk (en la sureña Virginia). El matrimonio quebró pronto y se sabe que en 1811, año en el que murieron ambos, ya no convivían. David “dobló” en Norfolk y Elizabeth, enferma, con tres hijos y en la indigencia, cruzó a la otra orilla a los 24 (¿por tuberculosis?) en Richmond (Virginia).

Los tres hermanos hubieron de ser separados. William Henry fue llevado con sus abuelos paternos a Baltimore (en la vecina Maryland); Rosalie fue adoptada legalmente por el matrimonio McKenzie (en Richmond) y Edgar fue dado en acogida en diciembre de 1811 al acomodado (y sin hijos) matrimonio Allan, John y Frances, también en Richmond.

Con tres años Poe fue bautizado con el nombre que le hizo famoso, pero nunca fue adoptado legalmente. En 1815 acompañó a sus “padres” en el viaje que hicieron a Escocia, de donde procedía la familia de John Allan, y a Londres. En la ciudad del Támesis permaneció internado durante dos años en un colegio en Chelsea, donde destacó en gramática, ortografía, geografía y la Biblia; y tres más en Stoke Newington bajo la disciplina del reverendo John Bransby, erudito cura protestante. Aquí estudió en firme griego y latín, profundizó en los clásicos de la Antigüedad y aprendió oratoria, baile y francés.

Cuando, en julio de 1820, volvía con los Allan a Richmond, el mozo ya poseía una cultura más que notable, que acrecentaría en colegios de prestigio. A los 15 años dio algunas pinceladas de cómo sería su vida adulta. Así, por un lado, escribía los primeros versos que de él se conservan; por otro, nadaba diez kilómetros contracorriente en el río James, sólo porque en el colegio dudaron que

fuera capaz de hacerlo; y, finalmente, se enamoró platónicamente de la madre de un compañero de aula. Jane Craig Stannard, bella dama de 30 años, moriría poco después, inspirándole el poema *A Helena* (“Helena, para mí es tu belleza/ como aquellos antiguos barcos de Nicea/ que suavemente, sobre el perfumado mar/ se abrían camino cansados, fatigados/ hacia la orilla de su nativa tierra...”) Y, sin olvidarla, más tarde escribirá: “la muerte de una mujer hermosa es, sin ninguna duda, el tema más poético del mundo” (*La filosofía de la composición*, 1846). Mucho antes de que fuera conocido, uno de sus profesores de literatura había escrito en sus notas: “mientras los demás estudiantes no pasan de *hacer versos*, este muchacho, Edgar Poe, *crea poesía*”.

Sin embargo, tan imposible y platónico amor no le impidió entablar relaciones a la vez con la adolescente Sara Elmira Royster. Relaciones correspondidas, pero no bien vistas por la familia de la jovencita, que ocultaba las cartas que Poe le enviaba, y facilitaba su matrimonio con un rico hombre de negocios treinta años mayor.

En 1825 su padrastro heredó la fortuna legada por un tío y adquirió una gran mansión en Richmond. Parece ser que John Allan tenía algún que otro amor furtivo y Poe, que sentía devoción por Frances y no entendía la infidelidad, se lo recriminó. A un curtido negociante no le pudo hacer gracia que le leyera la cartilla un muchacho que ni siquiera llevaba su sangre, en cuya educación no escatimaba gastos y, por si fuera poco, apuntaba maneras de poeta.

El altivo Poe se desplazó en febrero de 1826 a Charlottesville para ingresar en la Universidad de Virginia, por entonces cuna si no de ciencia y estudio, sí de bebida, juegos de azar y anarquía. Tuvo allí sus primeros escarceos con el *bourbon*, comprobó los efectos del láudano y cogió los naipes hasta ser esquilado y contraer una deuda a la que no pudo hacer frente. Sorprende que le diera tiempo para estudiar historia antigua, astronomía, matemáticas, ciencias naturales, filosofía y leer la obra de Shakespeare (1564-1616), Milton (1608-1674), Whalpole (1719-1797), Schiller (1759-1805), Hoffmann (1776-1822), Byron (1788-1824) y Keats (1795-1821) que halló en la bien dotada biblioteca. Y es muy probable que su dramático relato *William Wilson* (1839) se inspirara a partes iguales en su internado en Londres y en los meses que duró su experiencia universitaria.

Fue invitado a hacer la maleta y, cuando en diciembre de ese mismo año volvió a Richmond, tuvo el primero de los grandes choques con su padrastro, que se negó a cubrir su deuda de juego y a aceptar su decisión de dedicarse a la poesía. Aunque Frances tenía un sincero cariño por Edgar y reiteradamente abogó por él ante su marido, el futuro escritor hubo de marcharse a Boston en busca de fortuna.

En los seis meses que pasó allí vivió a salto de mata e hizo amistad con un joven impresor (Calvin F. Thomas), pero no encontró oportunidades para asentarse. Así, y como vía de supervivencia, en mayo de 1827 se alistaba en Boston, con el nombre de Edgar A. Perry, como soldado raso en el Ejército de los EE.UU.

Se adaptó bien a la vida castrense. En los ratos libres seguía leyendo “todo” y a finales de ese año publicaba su primera obra, apenas 40 páginas, en Boston: *Tamerlán y otros poemas* (Calvin F. Thomas Ed). La firmaba *By a*

Bostonian y la tirada no llegaba a los cien ejemplares, de los que se vendió la mitad. Cómo no recordar el brioso arranque de *Tamerlán*: “¡Amable solaz en la agonizante hora!/ Esto, padre, no es mi tema (ahora)/ No creeré locamente que un poder de la tierra puede absolverme del pecado/ al que un orgullo no terreno se ha entregado...”.

Su segunda madre falleció en febrero de 1829 en Richmond y fue enterrada en una tumba próxima a la de Jane Stannard. Poe veía cómo dos mujeres, aparte de su madre biológica, a las que había amado de tan distinta manera, reposaban próximas y quizá fue entonces cuando definitivamente se le alteró la brújula vital y la idea de la muerte anidó en él. (John Allan matrimonió al año siguiente con Louisa Patterson, con la que tuvo tres hijos y que no ocultó su precoz animadversión por el poeta.)

Poe se licenciaba como sargento mayor de artillería en abril de 1829 y tenía otra agria discusión con su padrastro, que seguía escatimándole recursos y abominaba de su vocación literaria. La divergencia era cada vez mayor y volvía a Baltimore con las mujeres de su familia paterna (su abuela Elizabeth, su viuda tía –y futura suegra– María Clemm y la hija de ésta, Virginia) y su tuberculoso hermano William.

Gracias al apoyo del escritor John Neal (“Edgar Poe será el primero en las filas de los verdaderos poetas”) publicó a finales de ese año *Al Aaraaf*, *Tamerlán* y *Pequeños Poemas* por la editorial Hatch & Dunning de Baltimore, obra que, como la primera, pasó desapercibida.

En un intento desesperado por obtener el favor económico de John Allan, Poe ingresó en la Escuela Militar de West Point (Nueva York) en junio de 1830. Allí tomó conciencia de su capacidad de mantener la atención de un auditorio de jóvenes cadetes relatando historias sólo con el recurso del gesto y la palabra. Descubrió el “mesmerismo”, idea del alemán Franz Antón Mesmer (1734-1815) que pretendía tratar las neurosis basándose en un hipotético “fluido universal de carácter magnético que influye en el estado de ánimo del individuo”. Además, por entonces leyó los poemas de Samuel Coleridge (1772-1834), extasiándose con sus *Baladas líricas* (1798).

Pero esta segunda experiencia castrense fue un desastre. Con una mala salud, fruto de los excesos libatorios, el opio y las noches en vela, impropia en un hombre de 21 años que sólo seis antes había vencido la corriente del James, tenía un comportamiento indisciplinado, iconoclasta e insensato que le llevaba ante un tribunal militar y a la expulsión diez meses después del ingreso. Y resulta curioso que sus compañeros de promoción, quizá esperando leer un texto satírico, aportaran voluntariamente los casi 200 dólares que costó la edición de sus *Poemas* (Elam Bliss Eds., Nueva York, 1831).

Incluyó ahí poemas previos, como *A Helena* y nuevos, como *Israfil* (“Vive un espíritu en el cielo/ las fibras de mi alma son cuerdas de un laúd...”), *Leonor* (“La dulce Leonor ha ido por delante con la esperanza volando a su lado/... Ella, la bella y encantadora, que ahora yace tan profundamente/ con la vida en la dorada cabellera, pero no en los ojos...”), *País de hadas* (“Oscuros valles y pantanos tenebrosos/ umbríos bosques...”) y *La ciudad en el mar* (“¡Mira! La muerte ha levantado un trono para sí/ en una ciudad extraña y solitaria...”).

Como un ejemplo de desorientación, tras ser expulsado de West Point, solicitó a su director una carta de recomendación ante el general La Fayette para incorporarse al ejército francés que combatía en San Petersburgo. Aunque no recibió contestación, más de una vez contó que había estado en aquella guerra, creándose la leyenda de haber sido herido en combate allí. Algo realmente imaginativo ya que, excepto en su viaje infantil a Gran Bretaña, nunca salió de los EE.UU.

En marzo de 1831 regresó a Baltimore, donde aún vivía su abuela, que sostenía con su pensión de viuda de un héroe de la Guerra de la Independencia a su tía, su prima y su hermano, alcohólico y en estadios avanzados de la tisis. Compartieron buhardilla hasta que William Henry murió en agosto a los 24 años. Verdaderamente, si Poe no atrapó la tuberculosis, y en sus biografías no hay ningún dato que lo apoye de manera razonable, debió ser por uno de esos milagros que raras veces ocurren.

Conviene recordar que si Laënnec (1781-1826) ya había creado el método anatomoclínico (determinación en el cadáver de las lesiones anatómicas correspondientes a cada sonido auscultatorio) en su fundamental *De l'auscultation médiate* (1819), Rokitanski (1804-1878) aún no había precisado la anatomía patológica de la tuberculosis, Pasteur (1822-1895) no había sentado las bases de la microbiología, y faltaba mucho para que Koch (1843-1910) identificara el bacilo específico en 1882.

2. Madurez, literatura

A sus 22 años, en Baltimore, el flaco Poe comprendía por fin que la poesía le daba más para morir que para vivir y, aunque siempre se consideró un poeta, decidió derivar su rumbo hacia la prosa. Era una época en la que aún no habían irrumpido la radio ni el cine y en su ocio la gente devoraba los cuentos y las novelas por entregas que incluían los periódicos. Podría pensarse que ello se traduciría en una buena bolsa para los autores; pero también eran unos tiempos en los que no existían los “derechos de copia” y los periódicos de Norteamérica “fagocitaban” habitualmente textos de escritores británicos famosos, lo que les permitía ahorrar en gastos y pagar mal a los autores autóctonos, más aún si eran jóvenes y desconocidos.

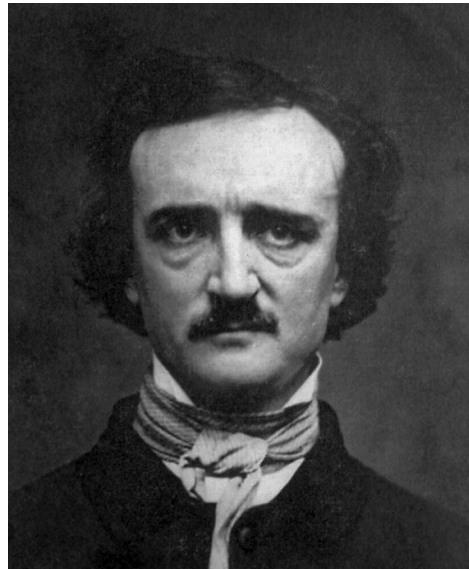


Figura 1. Edgar Allan Poe (1809-1849).

Poe envió sus primeros relatos en prosa a un semanario de eufónica cabeza: *The Saturday Curier*, de Filadelfia. En sus páginas apareció, en enero de 1832, su primer cuento, *Metzengerstein*, que encabezaba con una cita de Lutero: *Pestem eram vivus –moriens tua mors ero* (“En vida fui una calamidad; al morir seré tu muerte”). Ahí ya se hallan algunos de los puntos que reverberarán en su obra: el palacio, la noche tempestuosa, la profecía, la atmósfera opresora, los sombríos tapices, la melancolía morbosa, la rondadora muerte, el fuego destructor y purificador... Es decir, aquello que llevó a Goethe (1749-1832) a considerar el Romanticismo como “algo esencialmente enfermizo”.

En ese mismo hebdomadario publicaría otros cuatro relatos a lo largo de 1832: *El duque De l’Omelette*, *Un cuento de Jerusalén*, *El aliento perdido* y *Bon-Bon*. Este último, una demostración de sus conocimientos sobre vinos franceses y salpicado de palabras de ese idioma, fue una de sus pocas incursiones en el campo del humor y, todo hay que decirlo, no le aportó ni un ápice de su fama.

De octubre de 1833 data su magistral *Manuscrito hallado en una botella*, con el que ganó el premio de 50 dólares del concurso literario convocado por *The Baltimore Saturday Visiter*. El jurado explicó así su resolución: “Hacemos justicia al autor cuando decimos que el cuento que hemos elegido es el mejor de los seis que remitió. Estos relatos se distinguen por su energía, su imaginación poética y vigorosa, un estilo rico, una fértil invención y curiosos conocimientos...” (Además, su poema *El coliseo* obtenía el segundo premio en el apartado de poesía en el mismo concurso).

En el *Manuscrito* Poe tomó marginalmente la idea del legendario buque fantasma: “Alzando los ojos, contemplé un espectáculo que me heló la sangre. A una enorme elevación, inmediatamente por encima de nosotros, y al borde mismo de aquel líquido precipicio, se mecía un gigantesco navío de quizá cuatro mil toneladas... Su enorme casco era de un negro profundo y opaco, y carecía de cualquier mascarón o adorno... Pero lo que me llamó más la atención fue que tenía todas las velas desplegadas en medio de aquel huracán ingobernable y aquel mar sobrenatural... Hace ya mucho que subí por vez primera al puente de ese terrible navío... ¡Hombres incomprensibles! Inmersos en meditaciones cuya especie no llego a adivinar, pasan a mi lado sin reparar en mí...”.

Vivía en Baltimore, publicaba algunos artículos y parecía salir del anonimato, pero su economía era escuálida. En un intento desesperado de mejorarla, en 1833 escribió a su padrastro en términos angustiosos solicitando su ayuda monetaria. No recibió contestación. Y cuando, al año siguiente, sabiéndole enfermo de gravedad, le visitó en Richmond, tuvieron una escena apocalíptica, faltando poco para llegar a las manos con él y su nueva esposa. No sorprende que al morir John Allan, el poeta no figurara en su testamento. Acababa así su última esperanza de heredar unos medios suficientes para poder escribir sin el agobio de la despensa vacía.

Sin embargo, John P. Kennedy, presidente del jurado que había premiado su *Manuscrito*, hacía algo más. Le presentaba a Thomas Willis White, dueño y director del *Southern Literary Messenger* de Richmond, publicación mensual que hacía honor al lema de su subtítulo: *Devoted to Every Department of Literature and the Fine Arts*.

En aquellas venerables páginas a dos columnas, Poe publicó *Berenice* (relato con notas autobiográficas que comenzaba con dos frases lapidarias: “Diversa es la desdicha; la desgracia cunde multiforme sobre la tierra...”; marzo, 1835); *Morella* (en el que daba una pista sobre su peculiar relación con las mujeres: “desde nuestro primer encuentro mi alma ardió con fuego hasta entonces desconocido; pero el fuego no era de Eros...”; abril, 1835) y *La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall* (junio, 1835), en el que describía un disparatado viaje en globo a la Luna, pero en el que demostraba estar al tanto de los últimos conocimientos de la época en física y astronomía.

Todo antes de incorporarse en agosto de ese año a la plantilla del *Southern* como redactor, escritor y crítico literario. (Por cierto, allí escribió la reseña de *Los documentos póstumos del club Pickwick*, de Dickens). Y ya como redactor: *Sombra* (agosto, 1835), *El Rey Peste* (septiembre, 1835) y *Cuatro bestias en una* (marzo, 1836). Junto a ellos, en enero y febrero de 1837 publicó allí los dos primeros capítulos de su única novela, *Narración de Arthur Gordon Pym*, y aún en 1844 en el *Southern* saldría su satírica *Autobiografía literaria de Thingum Bob, Esq.*

Debe destacarse la frecuencia de citas bien traídas de autores latinos y textos en francés y latín presentes en sus relatos, fruto de un auténtico conocimiento de ambas lenguas y no de una falsa o forzada erudición.

Y si White le contrataba en agosto de 1835, le despedía en septiembre por sus frecuentes excesos libatorios... para volver a contratarlo en octubre, cuando comprendía que incluso ebrio tenía más talento (y tirón) que el resto de la Redacción junta y sobria. No en vano, cuando el poeta inició su colaboración, el *Southern* tenía 800 suscriptores y cuando rescindió su contrato, en enero de 1837, superaba los 4.000... para caer en picado después.

Junto a sus relatos en prosa y poemas como *A Elizabeth* y *Para un difunto*, en esa publicación cimentó su prestigio como creador e inclemente crítico literario.

2.1. Virginia Eliza Clemm

En julio de 1835 moría en Baltimore Elizabeth Cairnes Poe, su abuela paterna, con lo que desaparecía el sostén económico de su tía María Poe Clemm (1790-1871), viuda y sin fortuna, y su hija (y por lo tanto prima de Poe), Virginia Eliza Clemm (1822-1847), mujeres que resultaron cruciales en la vida del poeta.

María Clemm se portó como una auténtica madre. Tomó las riendas de la casa, trabajó con denuedo para redondear su magro peculio y siempre le apoyó en los momentos de miseria y anarquía hasta su muerte.

A su vez, Virginia era poco más que una niña de trece años enamorada de su primo, y éste, con 27, en una de esas decisiones que hoy parecerían impropias pero frecuentes en el siglo XIX, la pedía en matrimonio. María dio su autorización y la ceremonia se celebró en Richmond en mayo de 1836.

Se han escrito infinidad de páginas sobre la relación de Edgar y Virginia. Así, se ha apuntado que no pasó del terreno de lo lírico y que el matrimonio no llegó

a consumarse, en gran medida porque Virginia siempre habría sido “infantil e inmadura”, llegando a sugerirse su minoría intelectual. Sin embargo, y asumiendo lo peculiar que pudo haber en aquella unión, ambos reiteraron siempre su mutuo amor y resulta difícil de creer que una mujer “infantil” fuera capaz de escribir un bello poema acróstico dedicado a su marido fechado el día de San Valentín de 1846: “Ever with thee I wish to roam/ Dearest my life is thine/ Give me a cottage for my home/ And a rich old cypress vine/ Removed from the world with its sin and care/ And the tattling of many tongues/ Love alone shall guide us when we are there-/ Love shall heal my weakened lungs;/ And Oh, the tranquil hours we’ll spend/ Never wishing that others may see!/ Perfect ease we’ll enjoy, without thinking to lend/ Ourselves to the world and its glee- Ever peaceful and blissful we’ll be”†.

Tras rescindir su contrato con el *Southern Literary Messenger*, Edgar, Virginia y María Clemm viajaron a Nueva York. A pesar de que ya tenía un nombre, el intento de mejora económica publicando en periódicos de esa ciudad se saldó con fracasos. En junio de 1838 se trasladaban a Filadelfia (Pensilvania), centro entonces de la literatura norteamericana y, como en Nueva York, hubieron de vivir en pensiones de ínfimo nivel.

Pero, como buen literato, Poe vivía para escribir y al mes siguiente la editorial Harper & Brothers de Nueva York publicó completa su *Narración de Arthur Gordon Pym de Nantuckett*, que la crítica poco menos que ignoró.

Esta novela, planteada como crónica, sorprende desde el prólogo, en el que el narrador (Pym) hace referencia al autor: “Entre los señores de Virginia que más interés demostraban por mi relato, sobre todo en la parte referente al Océano Antártico, figuraba un tal mister Poe, redactor del *Southern Literary Messenger*... En esta forma aparecieron dos capítulos de la pretendida obra fantástica... y con el fin de que tuviera más carácter de obra fantástica, figuró como autor de ellos mister Poe...”. La obra es magistral y demuestra, junto a sus conocimientos náuticos y zoológicos (evidentes, por ejemplo, en la descripción de la estiba del *Grampus*, o en las costumbres de albatros y pingüinos), el dominio de los tiempos, la incertidumbre, la naturaleza del hombre, con el canibalismo presentado casi como lógico, y el viaje obsesivo hacia el Polo Sur... con un final abrupto e igual de sorprendente. Y si su lectura recuerda en más de una ocasión a Melville y Verne, no sorprende que éste último escribiera otra novela, *La esfinge de los hielos* (1897), concebida como homenaje a Poe y con un final más elaborado para el relato de Pym.

Y si su única novela vio la luz en Nueva York, el *American Museum of Science, Literature and the Arts* (Baltimore) publicó en septiembre de 1838, tres nuevos relatos: *Ligeia*, *Una malaventura* y *Como escribir un artículo para Blackwood*

† Deseo vagar siempre contigo/ queridísimo, tuya es mi vida/ Dame una casita por hogar cubierta de espesa enredadera/ lejos del mundo con sus pecados y cuidados/ y del cotilleo de muchas lenguas/ Sólo el amor nos guiará cuando allí estemos/ El amor curará mis débiles pulmones/ ¡Y qué tranquilas horas pasaremos/ sin desear nunca lo que los demás pueden ver!/ Gozaremos en perfecta calma, apartados del mundo y de sus ruidos / Viviremos siempre felices y tranquilos.

(sátira de esa revista británica a la que definía como *Philadelphia, Regular, Exchange, Tea, Total, Young, Belles, Lettres, Universal, Experimental, Bibliographical, Association, To, Civilize, Humanity, P.R.E.T.T.Y.B.L.U.E.-B.A.T.C.H.* —bonita hornada de pedantes—. Por cierto, ahí incluyó unos versos que Cervantes ponía en labios de un personaje secundario: “Ven, muerte, tan querida/ Que no te sienta venir/ Porque el placer de morir/ No me torne a dar la vida. Quijote”, II; XXXVIII).

Ligeia fue su cuento predilecto. Encabezado por una cita del filósofo escéptico inglés del siglo XVII Joseph Glanvill (“Y allí dentro está la voluntad que no muere. ¿Quién conoce los misterios y la fuerza de la voluntad?... El hombre no se doblga a los ángeles, ni cede por completo a la muerte si no es por la flaqueza de su débil voluntad”); prototipo de lo que Lovecraft denominó narración “preternatural”, con un título tomado del griego (Λιγεια: clara, armoniosa), apropiado para la mujer concebida como ideal de belleza y perfección intelectual, *Ligeia* fue la culminación de *Morella* y una de las composiciones literarias más bellas construidas desde la insania.

2.2. Periódicos de Filadelfia

Poe se incorporó en junio de 1839 como redactor al *Burton's Gentelman's Magazine* de Filadelfia, donde, entre otros, dejó escritos tres relatos inmortales: *William Wilson* (con notas autobiográficas, referencias al alcohol, el juego y el opio, y el dramático final con la redundante idea que ya apuntó en *Metzengerstein*: “¡En mí existías... y al matarme, mira en esta imagen, que es la tuya, cómo te has asesinado a ti mismo”), *El hombre de la multitud* y *La caída de la casa Usher*. Este último, que Cortázar calificó como obra maestra, condensa el espíritu del autor. Si Poe podía crear con sólo dos párrafos un entorno opresor y pleno de melancolía, la “atmósfera maléfica”, aquí la elevó a las más altas esferas de la poesía.

En 1840 parecía convencido de poder sacar adelante su idea de crear una publicación mensual dedicada sólo a la literatura. Aunque nunca tuvo los recursos necesarios, llegó a anunciarla en el *Saturday Evening Post* a mediados de ese año: *Prospectus of the Penn Magazine, a Monthly Literary Journal, to be Edited and Publised in the city of Philadelphia, by Edgar Allan Poe...* Ese proyecto no se concretó, pero sí vieron la luz sus *Cuentos de lo grotesco y arabesco* (Lea & Blanchard; Filadelfia, 1840), recopilación de 25 relatos.

A finales de 1840, George R. Graham adquirió el *Burton's* y le contrató como redactor jefe y crítico literario en la nueva cabecera (*Graham's Lady's and Gentelman's Magazine*), por 800 dólares al año y cuatro por cada página escrita. Una suma razonable si se considera la labor de autodemolición en la que se aplicaba el poeta.

En *Graham's*, publicó regularmente artículos de crítica y relatos durante dos años; textos en los que reiteró su concepto de la imaginación y la originalidad como esenciales para el escritor. En 1841 salieron allí *El coloquio de Monos y Una*, *La isla del hada*, *Nunca apuestes tu cabeza con el diablo*, *Un descenso al*

maelström y *Los crímenes de la calle Morgue*, uno de los cuentos más “redondos” de todos los tiempos. Original desde la raíz (Dupin, el protagonista, detective casi a su pesar; el ayudante, testigo comparsa; el hecho inexplicable; la crítica a la simplicidad de los profesionales, y el análisis preciso, deductivo e integrador de hechos en apariencia inconexos) hasta el desenlace, lógico y casi elemental, fundó las bases del género detectivesco. Por ejemplo, cómo no recordar a Dupin cuando leamos las aventuras de Sherlock Holmes, o las de tantos otros detectives famosos.

En el mismo 1841 aventó dos nuevos relatos: *Tres domingos a la semana* (un adelanto de la “ganancia de tiempo” cuando se marcha hacia el Este, que Verne perfeccionó en *La vuelta al mundo en ochenta días*) y *Eleonora*, un espejo de su relación con Virginia y María Clemm.

En enero de 1842, Virginia, que se encontraba mal desde meses antes, tuvo una hemoptisis. La tuberculosis se quitaba la máscara y se adueñaba del soporte afectivo de Poe, derrumbando su frágil equilibrio emocional. Una vez más sintió aproximarse la idea de “la muerte de una joven y bella mujer”. El dolor y la incertidumbre le hicieron recurrir con más frecuencia a los paraísos artificiales: “A cada instante yo sentía la agonía de su enfermedad y su muerte, y en cada progreso yo la amaba con más intensidad y me aferraba a su vida con una pertinacia cada vez más desesperada. Pero soy sensible por naturaleza, nervioso en un grado poco frecuente. Me volví loco, con largos períodos de terrible cordura... Podía soportar la idea de su muerte. Era la horrible e interminable oscilación entre esperanza y desesperanza lo que no hubiera podido soportar más tiempo sin una total pérdida de la razón...”.

Pero, a la vez, en 1842 era capaz de sacar a la luz cuatro espléndidos relatos: *El retrato oval*, *La máscara de la muerte roja*, *El pozo y el péndulo*, y *El misterio de Marie Rôguet*. Los tres primeros, diferentes formas de pesadilla concebidas bajo los efectos del láudano, crean lectores. En el cuarto, un prodigio de análisis deductivo, desmenuzaba el asesinato no resuelto de una joven en Nueva York. Lejos del lugar y el momento y con la licencia de trasladarlo a París, encerraba una crítica feroz a los malos periodistas, a los tribunales de justicia y una cita del escritor inglés Walter Landor (1775-1864) que invita a la reflexión: “Así, la jurisprudencia de todas las naciones muestra que cuando la ley se convierte en una ciencia y un sistema, deja de ser justicia. Los errores en los que cae el derecho por su devoción absoluta a los “principios” de clasificación, son evidentes si se observa con cuánta frecuencia la legislatura se ve obligada a intervenir para restablecer la equidad que sus formas habían perdido”. (Curiosamente, los errores en la investigación policial señalados por Poe y su apunte de la línea correcta se confirmaron años después de publicado el relato por la confesión de algunos implicados en el asesinato).

Dickens (1812-1870) viajó a Norteamérica en 1842 y el poeta le visitó en su hotel en Filadelfia. El inglés, ya famoso por sus *Documentos póstumos del Club Pickwick* (1837) y *Oliver Twist* (1839), quiso conocer al americano que en el *Saturday Evening Post* había adelantado el final de su novela *Barnaby Rudge*, que se publicaba por entregas en el semanario. (No hubo armonía en aquella entrevista, pero años después y ya muerto el poeta, Dickens, conociendo la pre-

caría situación económica de María Clemm, tuvo el gesto de socorrerla económicamente).

Poe dejó su puesto en *Graham's* en mayo de 1842 y fue sustituido por quien siete años después se autoproclamaría su albacea literario: Rufus W. Griswold.

En 1843 publicó otros cuatro relatos inolvidables: *El gato negro*, en el que vería una idea propia de un misántropo (“En el amor abnegado y generoso de un animal hay algo que llega directamente al corazón de aquel que con frecuencia ha probado la falsa amistad y la frágil fidelidad del hombre”), y un dramático punto autobiográfico (“Sin embargo, mi enfermedad empeoraba –pues, ¿qué enfermedad puede compararse con el alcohol?”–); *El corazón delator* (otro onírico texto escrito desde el delirio); *El timo como una de las ciencias exactas* (cáustico análisis sobre las esencias del timo y las “virtudes” del timador: “El timo es una combinación cuyos ingredientes son la pequeñez, el interés, la perseverancia, el ingenio, la audacia, la calma, la originalidad, la impertinencia y la sonrisa socarrona... Nuestro timador actúa a pequeña escala... Si alguna vez se deja tentar por especulaciones de altura, inmediatamente pierde los rasgos que lo definen y se convierte en lo que denominamos *financiero*”) y *El escarabajo de oro*, el cuento que siempre figurará en las antologías del relato breve.

Publicado en *Dollar Newspaper* (Filadelfia), ambientado en tierras que recorrió mientras servía en el Ejército en la isla de Sullivan, Carolina del Sur; compendio de excelente literatura, intriga, imaginación, pulso narrativo y un espléndido criptograma, junto con el mito del tesoro pirata y el análisis brillante, *El escarabajo de oro* es el relato que cualquiera hubiera anhelado escribir.

Y, una vez más, cabe preguntarse cómo un hombre torturado por el insuperable punto débil de la amada esposa enferma, con el espíritu taladrado por el dolor, el insomnio, los tóxicos y la penuria, podía ir desgranando cuento a cuento, artículo a artículo, página a página, su espléndida obra.

Pero, Poe ya era alguien en Filadelfia y a finales de 1843 dio allí una conferencia sobre “Poesía americana”. El gran salón se llenó de notables y el éxito fue memorable. Parece ser que entre los damnificados de su discurso figuraron algunas vacas sagradas de la poesía americana y, en especial, Poetas y poesía de América, la obra cumbre de Griswold, su sucesor en *Graham's*.

2.3. Nueva York

En la primavera siguiente se trasladó con Virginia y María Clemm a Nueva York. Le habían ofrecido la subdirección del *Sunday Times* y nada más llegar malvendió el relato “*La burla del globo*” al *New York Sun*, que lo rentabilizó con creces.

De 1844 datan dos relatos ya clásicos con la muerte como protagonista: *El entierro prematuro* y *La caja oblonga*; además, una broma sobre los riesgos del amor sin reconocer *el terreno* (Los anteojos); un divertimento sobre el mesmerismo y la hipnosis (*Una revelación mesmérica*), y otro excelente cuento con un asesinato como eje: *Tú eres el hombre*.



Figura 2. Ilustración de Gustave Doré para el poema *El cuervo* (1884).

En el otoño se incorporó como redactor al *Evening Mirror*, diario en el que salía en enero de 1845 uno de los poemas en lengua inglesa más reproducidos: *El cuervo*. Un poema de poco más de cien versos que comenzaba con el célebre *Once upon a midnight dreary, while I pondered, weak and weary...* (“Cierta noche aciaga, en que débil y triste meditaba...”) y en el que la salmodia *never more* actuaba como un repetitivo y contumaz cerrojo a la esperanza. Un texto que había pulido a lo largo de cuatro años y recitado en varias ocasiones ante pequeños círculos, observando el efecto que las distintas versiones producían en el auditorio. Se ha escrito que por aquella publicación percibió 15 dólares. Pero acertó. El éxito fue inmediato.

Asimismo, a finales de ese año publicó la recopilación *El cuervo y otros poemas* (Wiley & Putnam, Nueva York), donde incluía el célebre Ulalume, ejemplo de poesía romántica.

Igualmente, de 1845 datan varios de sus relatos, entre los que cabe destacar *El poder de las palabras* (un diálogo filosófico sobre el movimiento), *Conversación con una momia* (sátira contra la tecnología y el cientifismo) y *La carta robada* (magistrales páginas sobre la observación y el análisis protagonizadas por Dupin, que no pueden faltar en todas las antologías del género).

Del *Evening Mirror* pasó enseguida como redactor al *Broadway Journal*, diario en el que fustigó al ya consagrado Longfellow y a los literati (escritores “de salón”) y que llegó a dirigir hasta su fin, quebrado por las deudas, en enero de 1846.

2.4. 1846: Tres cuentos, artículos y un ensayo

En la primavera de ese año alquiló una casita con jardín en Fordham, a las afueras de Nueva York, para que su esposa siguiera el régimen de reposo y aire libre aconsejado por los médicos. En una peana, sobre el marco de la puerta de la casa, puso un busto en mármol de Palas Atenea, diosa griega de la inteligencia en la guerra, el arte y la sabiduría. Su economía, sin embargo, seguía siendo una ruina.

Por entonces dio a la luz varios artículos sobre Los literati de Nueva York, en *Godey's Lady's Book*, y tres nuevos cuentos: *La verdad del caso del señor Valdemar* (retorno al mesmerismo, la hipnosis y la necrofilia); *La esfinge* (un delirio óptico bajo los efectos del láudano), y *El barril de amontillado*, inolvidable relato sobre la venganza, la crueldad y el afán de dominio, que impresionó a Stevenson.

Y junto a ellos, en abril de 1846 publicó en *Graham's Magazine* uno de los ensayos más brillantes sobre análisis y crítica literaria que puedan escribirse: *La filosofía de la composición*.

Un ensayo en el que diseccionaba la concepción y desarrollo de *El cuervo*: "...Teniendo en cuenta siempre la originalidad (puesto que a sí mismo se engaña quien se aventura a prescindir de una fuente de interés tan evidente y fácil de lograr)... He elegido *El cuervo* por ser el más conocido de mis poemas... ningún detalle de su composición puede asignarse al azar o la intuición,... la obra avanza paso a paso hasta su fin con la precisión y el rigor deductivo de un problema matemático... La primera consideración fue el de la extensión... toda gran emoción es, por pura necesidad física, breve... El segundo punto... fue la elección de aquel efecto o impresión que el poema debía transmitir... la Belleza es el único campo del poema... la siguiente cuestión tenía que ver con el tono en su manifestación más elevada; y la experiencia me ha demostrado que tal tono es el de la tristeza... La melancolía se erige en el más legítimo de los tonos poéticos... Repasando los efectos artísticos habituales, observé que ninguno había sido tan universalmente utilizado como el estribillo... la clave de su efecto está en la monotonía, tanto de sonido como de pensamiento... De todos los temas melancólicos, ¿cuál lo es en mayor grado... la muerte de una mujer hermosa es, sin duda, el tema más poético del mundo... Hice que la noche fuera tempestuosa, para justificar que el cuervo pidiera entrar y por el efecto del contraste con la serenidad (física) del interior de la sala. Hice que el pájaro se posara sobre el busto de Palas...". Un ensayo escrito probablemente a la inversa de lo que el autor pretende hacernos creer; o, dicho de otra manera, una mixtificación escrita "a toro pasado", conociendo el conjunto del poema y su efecto. Pero, en cualquier caso, espléndido e inolvidable.

3. Muerte de Virginia, dos ensayos, nuevos relatos...

El primero de febrero de 1847, el *Daily Tribune* publicaba el obituario: "El sábado 30 del mes pasado, de consunción pulmonar, en el 25º año de su vida, Virginia Eliza, esposa de Edgar A. Poe". Éste se negó a ver su cadáver ("siempre la recordaré viva").

Después, más alcohol, tumbos y búsqueda de cobijo en corazones femeninos. Debe destacarse que antes de morir, Virginia, conociendo la peculiar relación de Poe con las mujeres, había favorecido las visitas de Frances Osgood, poetisa de 30 años, casada, "porque Edgar nunca estaba ebrio en su presencia"; así como la de Mary Starr, una amiga de la infancia, a la que rogó que "no abandonara nunca al pobre Edgar".

Tras la muerte de su esposa, Poe cortejó y llegó a pedir matrimonio a Sara Helen Whitman (viuda y culta poetisa que más de una vez le consoló) y Sara Elmira Roister (su amor de adolescencia y entonces ya viuda). Ésta aceptó reanudar la relación y llegó a fijar la fecha de boda, pero se echó atrás cuando comprobó que Poe seguía bebiendo. A ella se debe una precisa semblanza del poeta: *Edgar era alto, pálido, elegante, de voz profunda y no muy hablador. De*

agradable conversación, pero de comportamiento triste. Era altivo, entusiasta, impulsivo y no soportaba la menor grosería verbal...

Y es que, quizá, en las mujeres Poe sólo buscara oídos para sus relatos y poemas. Un auditorio amable, atento, sensible y afectuoso en el que gozar del efecto que producía al recitar, con cuidada entonación de las palabras, sus escritos.

Pero aún quedaba tinta en su tintero y en 1848 publicó *Eureka: un ensayo sobre el Universo material y espiritual*, (G. P. Putnam, NY), que dedicó a Alexander von Humboldt. Un ensayo cosmológico-filosófico con el desmedido objetivo de “hablar del Universo físico, metafísico, matemático, material y espiritual; de su esencia, origen, creación, su estado presente y su destino”. Un texto en el que, nada más y nada menos, buscaba *hallar la verdad última* y en el que demostraba conocer bien la obra de Ptolomeo y la geometría de Euclides, la filosofía de Aristóteles, Platón, Kant, Bacon y Hume, así como las teorías de Newton, Laplace y Kepler. Una ingente tarea que demostraba el afán de un espíritu herido que, aunque incurría en errores científicos, alcanzaba una inmensa altura poética. Una altura que ensalzaron Baudelaire y Valéry.

Ya en 1849 dio al papel nuevos relatos: *Von Kempelen y su descubrimiento*, *Mellonta Tauta*, *La casa de campo de Landor*, *X en un suelto* y *Rana Saltarina*, en periódicos de Boston, Filadelfia y Nueva York. Asimismo, pronunció varias conferencias sobre *El principio poético*, un excelente ensayo que vio la luz póstumamente en el *New York Home Journal* en agosto de 1850.

4. Y final

El 25 de septiembre de 1849, Poe tuvo fiebre y visitó a un médico en Richmond. Pensaba tomar al día siguiente un barco que le llevara a Baltimore, primera etapa de su destino en Nueva York, donde vivía con María Clemm. Llegó a Baltimore el 28, donde le vieron beber en exceso. El 29 cogió el tren a Filadelfia y parece ser que fue encontrado inconsciente en su departamento, por lo que el revisor le devolvió a Baltimore. Era época de elecciones al Congreso y no se sabe qué hizo en esa ciudad, pero es probable que sirviera de ebrio monigote para votar en varias ocasiones a un mismo candidato disfrazado con diferentes ropajes.

El tres de octubre un tipógrafo le reconoció en un tugurio que actuaba de sede electoral, y mandó recado al doctor Joseph Snodgrass, director del *Saturday Visiter* y amigo del poeta. Acudió a verle y le llamó la atención tanto su aspecto desaseado como su vestimenta, vieja y sucia, sin chaleco ni corbata, algo impropio de él. Allí coincidió con unos familiares del poeta relacionados con la política. Afirmaron que “ya le habían visto así más de una vez” y se desentendieron. Snodgrass contrató un coche de caballos y le envió al *Washington College Hospital* (hoy *Church Hospital*), donde ingresó ese mismo día y fue atendido por el médico residente John T. Moran.

Alternó momentos de delirio y agitación con otros de estupor. El día cinco sólo dijo algunas incoherencias y el seis pareció mejorar, para fallecer en la madru-

gada del siete al ocho de octubre. La naturaleza del proceso final no pasa de la categoría de bruma y conjetura y comprende una letanía de hipótesis más o menos razonables. (Cierto es que Moran tampoco ayudó a aclararlo, ya que, en las muchas conferencias que dio después con tal motivo, modificó varias veces la descripción de lo que vio; y es probable que se deba a él la presunta frase final del poeta: “Que el Señor se apiade de mi pobre alma”, tan repetida y bien intencionada como dudosa).

Los restos de Edgar Allan Poe recibieron sepultura en el *Westminster Burying Ground* de Baltimore a las 4 de la tarde del frío y lluvioso domingo 8 de octubre de 1849. El mínimo cortejo lo componían sus primos Henry Herring y Neilson Poe, Collins Lee (su amigo desde la Universidad de Virginia) y el doctor Joseph Snodgrass.

5. Epílogo

Al día siguiente del sepelio, Griswold (su sucesor en *Graham's*) publicó bajo pseudónimo, en *The Tribune* (NY), un obituario calumnioso que fue reproducido a lo largo y ancho de los EE.UU. Remató la faena con tres volúmenes titulados *Works of the Late Edgar Allan Poe* en 1850 y un cuarto en 1856. En un infame prólogo pleno de falsedades, afirmaba que el poeta le había nombrado su albacea literario, algo de lo que nunca hubo constancia. Hasta llegó a falsificar cartas en las que aquél se reconocía como drogadicto. Bien puede decirse que si Don Quijote tuvo su Avellaneda y Mozart su Salieri, Poe tuvo su Griswold, confirmando el principio de que la envidia, como las bacterias, crece en todas las latitudes.

Baudelaire (1821-1867) le definió como “planeta desorbitado”, y tal es la impresión que se saca cuando se leen sus páginas. Unas páginas que influyeron en la obra de Valéry, Mallarmé, el propio Baudelaire, Dostoievski, Pedro Antonio de Alarcón, Borges, Cortázar y tantos otros.

Edgar Poe abrió caminos en la poesía, la crítica, el ensayo y el relato. Para ello estudió a los clásicos, a los grandes filósofos y la ciencia de la época. Sólo una mente prodigiosa como la suya pudo asimilar tanto conocimiento. Tuvo que vivir de prisa.

Su biografía, marcada desde la cuna, definió su temperamento, que le llevó a lo extraño y lo melancólico. Para él, la imaginación y la intuición eran tan válidas como la razón para interpretar la realidad. Soñó y deambuló con audacia por vericuetos irracionales de la mente hasta entonces no transitados, y fue fiel a un autoimpuesto ideal estético que impregnó una obra original. Como llegó a confesar a su amigo John Neal: “Desde mi infancia sólo he sido, y no he dejado de ser, un soñador”.

Escribió por necesidad vital y desde el dolor. Como crítico literario nunca criticó argumentos, tan sólo estilos, exigiendo imaginación y, en consecuencia, originalidad. Como poeta huyó de lo convencional y sirvió a su ideal de belleza, aunque ello le llevara a la soledad y al más absoluto de los desconuelos. Como escritor de relatos, sus llamados “cuentos de terror” hoy están holgadamente

superados, pero en su época fueron sorprendentes y han vencido al tiempo. En sus relatos “detectivescos” creó el análisis, la lógica y la deducción aplicados a la narración, y forman parte de la memoria y el subconsciente de generaciones. Y esa misma capacidad de análisis le llevó a desgarnar la creación literaria como nadie había hecho.

Si Cervantes nos dejó escrito que “más dulce es el camino que la posada” y Shakespeare que “son dulces los empleos de la adversidad”, Poe remachó a contracorriente: “más dulce es el sueño de la muerte que la desventura de la vida”. Como otros grandes, lo apostó todo, incluida su biografía, en la casilla de la Literatura. Perdió pronto la vida, pero la Literatura ganó un capítulo, y él, la inmortalidad.

Bibliografía

- Ackroyd P. Poe: *A Life Cut Short*. Chatto & Windows Eds. London, 2008.
- Cortázar J. *Edgar Allan Poe. Cuentos. 1 y 2 (traducción y prólogo)*. Alianza Editorial. Madrid, 1970.
- Lovecraft HP. *El horror en la literatura*. Alianza Editorial. Madrid, 1984.
- Quinn AH. *Edgar Allan Poe: A Critical Biography*. Appleton Century Crofts. NY, 1941.
- Silverman K. *Edgar A. Poe: Mournful and Never-Ending Remembrance*. Paperback Ed. NY, 1991.
- The Unabridged *Edgar Allan Poe*. Courage Books. Running Press Book Pub. Philadelphia, 1983.